

Todo tiene historia

ALFONSO REYES

Si abreviamos conceptos —o más bien, si los reducimos a su más simple expresión— podemos definir el espíritu filosófico en estos o parecidos términos: el que se interesa por los orígenes de las cosas. ¿Así, de las cosas en general? Sin duda, aun cuando sólo se trate, digamos, del origen del beso.

Porque el origen del beso es averiguable. Y aun cuando se ha dicho que, en asunto de besos, lo que importa no es hablar de ellos, sino sentirlos, lo cierto es que, desde Homero hasta Heine (o cualquiera otro), los poetas se han detenido siempre a cantar las preces del beso.



Alberto Castro Leñero

Los romanos distinguían tres clases de besos: los *oscula* en las mejillas del amigo; los *basia* en la boca, los que da el amor; y los *suavia*, que eran todavía otros besos más eruditos. En términos generales, el beso en la frente es un tributo de ternura; en la mano, de respeto; en el pie, de sumisión; en la mejilla, de afecto; en la boca, de amor. *Et tout le reste est littérature!*

En cierto viejísimo cuento mío —data ya de cuarenta y cuatro años— mi personaje refiere que un día cogió a su amiga por la orejas para darle un beso en la frente, como se coge un ánfora, y su amiga, sintiéndose ofendida de que la besaran al modo que se besa a los niños, rompió con él y lo abandonó para siempre.

Parece que en la India védica (2 000 años a.C.) sólo se usaba el consabido frotamiento de nariz con nariz, y que el contacto de boca a boca empezó apenas en los días del *Mahabharata*. Las autoridades dicen que, aunque el beso se propagó por los pueblos con singular fortuna, no llegó a establecerse en Egipto. Entre ciertas tribus indostánicas, como también en Borneo, el equivalente de “dame un beso” viene a ser: “huéleme”. Entre las tribus malayas “dar la bienvenida” a una persona es “olerla”. En el Escorial, los visitantes pueden admirar una imagen pétrea cuyos pies han sido gastados por la erosión de los besos de los fieles, y en San Pedro de Roma sucede lo mismo con una santa imagen de bronce.

Todo tiene una historia, como dice bien el sabio Haldane. Y, puestos a averiguar filosóficamente los orígenes de las cosas, hasta los orígenes de la gramática parda pueden rastrearse. Yo, al menos, en uno de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica (*El pensamiento prefilosófico*) he dado con un documento egipcio de Ptahotep, varios siglos anterior a nuestra era, donde se recomienda a los funcionarios —paso a los nuestros el aviso— escuchar siempre a los solicitantes con paciencia, benevolencia y cortesía, “pues el solicitante agradece más la atención y la deferencia con que se lo escucha que el logro de sus pretensiones”.

Enero de 1955 ♦